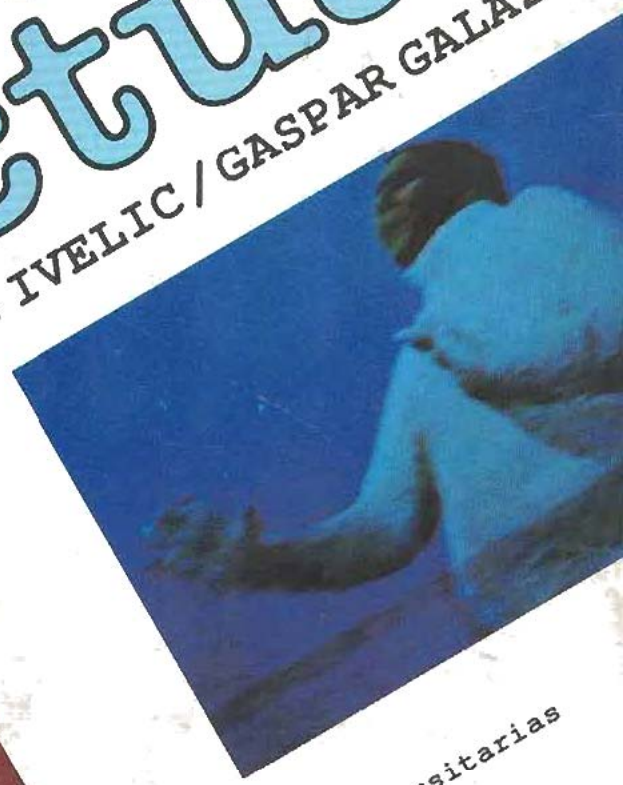




Chile, arte actual

MILAN IVELIC / GASPAR GALAZ



Ediciones Universitarias
de Valparaíso
Universidad Católica
de Valparaíso

4. SINTESIS DE UN PERIODO

4.1 CRITICA DE ARTE

PINTURA CHILENA, 1945 - 1964

En la Sala del Instituto Chileno-Norteamericano se realiza una exposición incluida en el tema central debatido en estos días en dicho instituto: "1945-1964: ¿Años de transición?" Tema tentador y, por encima de todo, polémico en grado superlativo. Los organizadores no afirman. Se preguntan si en el decenio comprendido entre la postguerra y 1964 se producen algunos fenómenos capaces de caracterizarlo como una etapa de

ANTONIO R. ROMERA

tránsito y de incertidumbre. En suma, en la cuestión debatida en torno a las diversas ramas de la cultura - literatura, plástica, música, cine, ciencia- se dan diversos grados.

Hablar de transición en la ciencia no sería adecuado. Desde Eratóstenes hasta la desintegración del átomo y los vuelos espaciales, el progreso implica una constante. En las artes no existe esa progresión. Fermi

supera, sin anularla, la física de Newton; en cambio Picasso o Pollock no son superiores a Guido de Siena.

Por ello parece incongruente, referido a las artes plásticas, hablar de transición. Mas por otras razones. ¿Transición de qué a qué? Si se aceptan las premisas implícitas en el título de la "muestra" del Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura deberíamos aceptar la existencia de etapas en las cuales en la historia del arte se dan épocas de espera, de cambio, de crisis, de perturbación, como si los estilos al atenuarse sufrieran un período de mudanza, preparándose para nuevos períodos creadores.

¿Nos hallaríamos, como se supone, en situación semejante a la producida en Europa en la etapa de paso del románico al gótico? Aun sin entrar en la cuestión, una de las más arduas y atrayentes de la historia del arte (pensemos en el problema del nacimiento de la ojiva), puede descartarse la supuesta semejanza.

Hay quienes afirman la existencia de unos años de transición basándose en el apareamiento de un arte hermético que sustituye al claro y entendible de ayer. Si así fuera sería necesario ampliar el espacio temporal mucho más atrás de 1945. Las primeras obras cubistas y "negroides" de Picasso son de 1907. Pero nos quedamos cortos. Para sus contemporáneos la pintura de Cézanne era tan incomprensible como lo es hoy para los suyos la de Zañartu, o acaso más.

A lo largo de la historia del arte se va produciendo la acomodación del órgano visual. Podría inclusive llamarse a esa historia "Historia del Ver". Con suma agudeza René Huyghe ha escrito un bello libro con el título de "Dialogue avec le visible". Quienes en el siglo XVI admiraban las obras de Aníbal Carracci y de los demás melifluos manieristas no entendían la pintura del Caravaggio, iniciador del naturalismo y salvador de la pintura. Entre Carracci y Caravaggio hay sólo nueve años de diferencia y los dos mueren en 1609. Evidentemente, Caravaggio inicia un cambio, pero no marca una crisis, sino al contrario.

Todo esto es pura historia sabida. La perspectiva permite calibrar el pasado. El presente no es aún historiable y nadie parece capaz de diagnosticar con exactitud un estado de crisis si se halla metido en ella, de la misma manera que, como se ha dicho, nadie parte para la Guerra de Treinta Años.

Las obras reunidas en el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura pertenecen a treinta y dos pintores. En el grupo figuran artistas de tres generaciones. Los estilos son muy diversos y hasta contradictorios.

Desde Mori a Ortúzar ha habido muchos cambios. Si tomáramos como signo de transición la heterogeneidad de sensibilidades y de modos de ver la respuesta sería afirmativa.

Pero esto tampoco es exclusivo de nuestra época. En el último tercio del siglo XIX sucede lo mismo y artistas tan opuestos como Bouguereau y Pissarro son estrictamente contemporáneos. Lo que sí me parece una nota peculiar de nuestros años es la brevedad de los períodos estilísticos. Guillermo de Torre ha hablado de la aceleración de los tiempos artísticos, mas al desglosar su idea de la historia general del arte le quita al fenómeno su significación más profunda. Si la brevedad de cada período la podemos tomar como nota peculiar. Pero los estilos de mañana serán más breves. El románico y el gótico se reparten entre los dos -grosso modo- los estilos predominantes en la Edad Media. El Renacimiento es ya más breve y a medida que discurre la historia se van acortando las etapas. El Impresionismo marca su actividad máxima durante un cuarto de siglo. Pero es más largo que la vigencia del arte cubista y éste se prolonga más que la breve experiencia futurista de la cual deriva en parte.

Nuestra época se caracteriza por la libertad expresiva disfrutada por los artistas. En esta exposición Camilo Mori exhibe una tela figurativa. Después su estilo ha evolucionado en forma radical. En cambio, el camino recorrido por Dámaso Ogaz está caracterizado por el movimiento contrario. Vergara Grez ha ido del realismo mágico a la abstracción geométrica. Barreda aparece representado con una tela expresivamente patética. Poco después buscará en el realismo tenebroso, miserabilista y de luz abstracta la mejor respuesta a los dictados de una sensibilidad en constante acendramiento.

Aída Poblete, Sergio Montecino e Inés Puyó, de la generación de 1940, evolucionan lentamente y de pronto se hallan en un neofigurativismo perfectamente actual y vigente.

Balmes, Gracia Barrios, Núñez, Bonati, Antúnez, Zañartu, Matta, Vial, Barreda y Ortúzar, cultivan con variantes que no desnaturalizan las líneas de un mismo sentido plástico el estilo peculiar de nuestro tiempo. Carmen Silva, Daskam, se entregan al realismo proustiano. Y Carreño y Smith ponen la nota de la austeridad.

En suma, una exposición cuyo valor principal está en el propósito de señalar las direcciones complejas de un período que si no es de transición tiene algo de confuso y de inaprehensible.